Pajarona

Lula Almeyda



LA POLLERA

PUEBLOS DE MONTAÑA

Coya es un pueblito nacido de la minería y encaramado en la precordillera de la sexta región. Alcancé a vivir dos años ahí, desde mi nacimiento hasta el traslado de mi papá a Rancagua, a 26 kilómetros del lugar. Mi familia, en cambio, vivió siete años en Coya: mi hermana mayor fue al colegio, adoptaron un perro y, en una ocasión, alojaron en el correo cuando creció el río y nuestra población se inundó. Estoy segura de que guardo un recuerdo no inventado. Yo miraba por la ventana y veía la nieve. La pequeña aldea enclavada en cerros se llenaba de blancos.

Supuestamente, las tierras donde se construyó el pueblo le pertenecieron alguna vez a la temible Catalina de los Ríos y Lisperguer, la Quintrala, la misma señora acusada de torturar hombres, participar de rituales y pactos con el diablo. Sin embargo, y con todo

lo que le gusta a la gente del lugar las historias del diablo, la Quintrala ni conoció el pueblo. Y cómo lo iba a conocer si Coya se creó recién en 1911, cientos de años después de su muerte. Se sabe que en un momento la Quintrala donó sus tierras a La Compañía de Jesús y, más tarde, fueron compradas por Mateo de Toro y Zambrano. En algún momento, los herederos de don Mateo negociaron con la Braden Copper Company y empezó la explotación de la mina El Teniente.

El pueblo, de este modo, se construyó según el modelo de «colonia industrial»: casas sacadas de una película gringa, puertas de entrada con mosquiteros, cocinas eléctricas, rejas bajitas. Mi casa era pequeñita y roja y tenía una cerca blanca de madera. Afuera había un sendero de tierra y árboles que daban esa sensación de habitar un bosquecito de montaña acondicionado para la humanidad. Una vida de hobbits. Cerca de mi casa estaba la cancha de fútbol, la misma donde entrenó la selección chilena antes de los mundiales del 62 y de Francia 98. Junto a ella, hasta hoy existe un edificio de madera que guarda el salón de palitroques. Dos impecables pistas de bowling ahora completamente en desuso.

Los caminos entre Rancagua y Coya están llenos de mitos, misticismos y religiosidades. Cuando era pequeña, escuché de mi abuela que por la Carretera

del Cobre, atravesando el sector de Tierras Blancas, transitaba una flota de taxis que terminó cerrando. ¿La razón? Encuentros demoníacos que volcaban los autos por las quebradas. Hablamos de una zona minera: hombres recios que no soportaban la angustia de tener que volver solos por esos caminos oscuros y serpenteantes. Una vez, contó un chofer, una anciana desvalida estaba sentada en medio de la nada. El conductor le ofreció llevarla gratis y ella le agradeció con una sonrisa de dientes afilados.

Camino al pueblo está el Club de Campo Coya. La empresa Braden Copper Company era gringa y debía consentir a sus compatriotas que llegaban a trabajar a este pequeño rincón del mundo. A partir de sus gustos y necesidades se instalaron los palitroques y otros esparcimientos que los acercaran a sus tierras de origen. El Club de Campo Coya, o Coya Country Club en sus inicios, estrenó la primera gran cancha de golf de la sexta región en el año 1927 y, un hecho menos conocido, también introdujeron ciervos para que los trabajadores tuvieran placenteras jornadas de caza. El club está decorado en su interior con los vestigios de los pobres animales: lámparas hechas de sus cuernos y pieles colgando de las paredes. La verdad, tengo más recuerdos del club que del pueblo mismo.

Era un lugar hermoso, en medio de la naturaleza, aunque los árboles fueran pinos insertados y se cuidara esa estética norteamericana. Hoy ya no se puede visitar libremente. El restorán cerró y el hospedaje también. Cuando era chica, ya viviendo en Rancagua, en los inviernos íbamos a ver los campos nevados. Agarrábamos cualquier cosa —una bolsa, la goma para los pies del auto— y nos tirábamos de poto colina abajo. Para celebraciones especiales, mi papá nos llevaba a comer al restorán. Recuerdo llegar mareada y sin hambre después de las vueltas del camino. En ese lugar comí los mejores celestinos que he probado y jugué pool con mis hermanos en el salón del subterráneo (más bien, hacíamos como que jugábamos, qué iba a saber una niña de pool). Amaba ese lugar. Creo que la última vez que fui fue para mi graduación de cuarto medio. Egresé del Colegio Coya, que alguna vez estuvo en Coya, y celebramos en el Club de Campo Coya, aún cerca de un Coya ya deshabitado. Tiempo después mi papá se jubiló luego de trabajar más de treinta años para CODELCO.

Pero antes de Coya estuvo Sewell, otra ciudad minera internada en plena cordillera de Los Andes, fundada alrededor de 1915, una zona aislada del mundo, pero

que prometía línea directa al progreso. En la sala de estar de mis padres siempre ha estado el cuadro con la foto en blanco y negro de Sewell enfocada desde la distancia: la característica escalera que atraviesa y conecta la ciudad, una noche nevada, las lucecitas titilantes en medio de una profunda calma.

He ido a Sewell una sola vez en mi vida.

Ya viviendo en Santiago, se organizó un concierto de Los Jaivas en lo que ahora es un polo turístico: una civilización desalojada donde quedan las coloridas carcasas de casas que no hay fondos para reparar. Junto a una amiga decidimos armar un panorama con ambas familias para asistir al evento. El asunto era especial porque su madre era oriunda de Sewell. En la visita nos daban un snack, podíamos darnos una pequeña vuelta por lo que queda del pueblito y tomar nuestros propios asientos para ver el concierto.

Antes de Los Jaivas, salió al escenario la agrupación de Boy Scouts de Sewell N°1, según se dice, la más antigua de Chile. Sus miembros aún vivos eran hasta ese momento un grupo de joviales nonagenarios vestidos con infantiles uniformes y sus pañoletas. El concierto de los Jaivas fue una postal mágica: sonaba la música psicodélica y el sol se escondía entre las montañas áridas, víctimas de la lluvia ácida que aniquiló la poca vida silvestre que alguna vez hubo.

Sin embargo, esa calma que se ve en la foto del pueblo nevado no es tan fidedigna. Según se cuenta, el lugar era bastante hostil. La temperatura era brutal, pero más lo era el aislamiento. Sus habitantes fueron víctimas de avalanchas, de un aire tremendamente contaminado y de la prisión que significaba vivir en un lugar tan pequeño y alejado. Sewell era una ciudad de hombres, donde ellos debían dedicarse a la mina y las mujeres hacer lo que se esperaba de ellas. Cocinar, criar, esperar. Y decir casa es bastante generoso porque las viviendas eran pequeñas, al menos para los chilenos. Los gringos vivían en su población americana con comodidades de otro nivel, mientras los obreros habitaban estrechos departamentos que ni siquiera tenían baños. En los edificios o camarotes, como se les llamaban, los baños debían ocuparse por turnos.

Aun así, había atracciones que todos los sewellinos podían disfrutar, como el salón de palitroque, gimnasios con piscina temperada y un cine con estrenos que se adelantaban al resto del país. Este tipo de ciudades o campamentos mineros se conocen como «company towns». En Sewell los trabajadores recibían subsidio o gratuidad de luz eléctrica, agua, gas y vivienda, pero, como es de imaginar, a cambio se tenía control absoluto sobre importantes aspectos de sus vidas. Así es como incluso llegó la ley seca estadou-

nidense que los chilenos, naturalmente, se las ingeniaron para sortear a punta de pillería y aparecieron los llamados «guachucheros», hombres dedicados a la venta clandestina de alcohol. Me los imagino algo como el Inspector Gadget, pero que te saca petacas de diferentes bolsillos secretos.

En el pueblo, además de las diferencias de clase, se hacían también grandes diferencias entre solteros y casados. Vivían segregados y era común que, a quienes se les viera acaramelados sin ser marido y mujer, se les interrogara e incluso obligara a manifestar intenciones de matrimonio. En Sewell alcanzaron a vivir alrededor de 12.000 personas al mismo tiempo. Un pequeño infierno social.

Hace algunos años terminé una relación sentimental y volví a Rancagua para las fiestas de fin de año. Descargué Tinder y rápidamente me enteré de que Rancagua está lleno de prevencionistas de riesgos y de agrónomos que se dedican a la plantación de cerezas. Mientras el asunto de las cerezas se entiende por comercio agrícola, lo de los prevencionistas tiene todo el sentido del mundo considerando los alcances de la mina El Teniente. Como la mina no solo extrae minerales, sino que también los funde, ambas actividades conlle-

van peligros que han explotado en trágicos accidentes que han incitado la implementación de mecanismos de prevención de riesgos y un puntapié a la legislación a favor de los derechos laborales. El 19 de junio de 1945, en la llamada Tragedia del Humo —un incendio en una de las entradas de la mina—, 355 mineros murieron por la inhalación de monóxido de carbono. A raíz de la tragedia nacieron leyes a nivel nacional y, en compensación, toda una villa trasladó a las viudas a un nuevo lugar en Rancagua. Hasta hoy es conocida como Población Las Viudas.

Pero años antes fue en uno de los camarotes donde se originó uno de los crímenes más memorables del pueblo. Todo comienza con la denuncia de la supuesta desaparición del trabajador Antonio Foretich que realiza su mujer, María Hernández. Luego de un almuerzo familiar, al parecer, el hombre va a comprar cigarrillos y no regresa. Al tercer día la mujer hace la denuncia y, luego de encontrarse un trozo de su camisa ensangrentada por el pueblo, se teme un suicidio. Pero al cabo de unos días aparece una de sus piernas en un desagüe. Las inconsistencias en el relato y unas manchas de sangre en la habitación, dejaron a María como la principal sospechosa. Finalmente confesó el crimen.

Son muchas las versiones de cómo sucedieron las cosas, pero parte con la sospecha de que María —quien

vendía empanadas en el pueblo— habría utilizado la carne de su esposo en el relleno. Cuando yo era pequeña, escuché que un hombre compró una empanada y, al darle un mordisco, se encontró con algo duro que, al mirarlo bien, era un dedo de la mano. Era un cuento de terror típico en las noches infantiles de historietas, a la luz de la linterna, cubiertos por los charlones que regalaba CODELCO en su caja navideña. Hoy, por supuesto, con estudios de perspectiva de género y otras herramientas, se despliega una historia diferente. Al parecer la empanada de hombre era un mito y, si bien María Hernández mató y descuartizó a su marido, hoy se dice que Antonio Foretich era un hombre violento que la golpeaba y abusaba sexualmente. Tras años de matrimonio, aprovechó que su esposo dormía boca abajo curado para asfixiarlo y cortarle el cuello. Con ayuda de su madre, redujeron el cuerpo y se deshicieron de los restos en distintos desagües de la ciudad. Cuando ya no pudieron más, una pierna completa terminó en un sumidero. Esta fue la huella que las delató. María terminó en el manicomio y su madre en la cárcel. María, tal vez, hizo lo que muchas querrían hacer en una tierra de hombres.

Como luego de la nacionalización del cobre ya no era posible sostener la ciudad como carga del Estado, comenzó la Operación Valle que consistía en trasladar

a los habitantes de Sewell a Rancagua. De a poco comenzó a vaciarse el lugar. A las familias se les entregaron casas en distintas poblaciones «del valle», de la ciudad de Rancagua. Gente que no conocía la lluvia y solo la nieve, ahora veía con curiosidad el festival de paraguas en invierno. Cambiaron las escaleras por calles con autos, patios con pasto, malezas creciendo de la nada y caras nuevas, desconocidas. Debieron pagar la luz a cambio de un poco de libertad.

TAMAGOTCHI

Nací el 12 de septiembre de 1985 y, dos años más tarde, enterraron a mi abuelo en esa misma fecha. Ese día no tuve fiesta de cumpleaños y tampoco se hicieron por mucho tiempo. Su muerte convirtió mi nacimiento en una fecha de tristeza, en una fecha maldita. «Nada que celebrar», decía mi madre cuando se acercaba el día. Recuerdo que mi padre se molestaba por el anuncio, pero no se atrevía a oponerse. La muerte de mi abuelo alteró o agudizó el temperamento de mi madre y yo, siendo la hija menor, me llevaba la peor parte. A veces la encontraba llorando en su pieza y, cuando le preguntaba qué le pasaba, me espantaba con retos. De mi abuelo guardo solo una imagen: un día entré al baño y él se esparcía una espuma blanca y densa en su cara frente al espejo. Al verme me pintó con la brocha la nariz. ¿Podrá ese ser un recuerdo de una niña menor de dos años?

Cuando visitábamos la tumba de mi abuelo, mi tarea era limpiar el Cristo de bronce incrustado en la placa. Cada mañana de domingo acompañaba a mi abuela y mi madre a llorar en el cementerio. Ambas vestían de negro y se quedaban en silencio frente a la tumba. Yo, en tanto, le sacaba brillo al Cristo con un cepillito de dientes, mientras mis hermanos cambiaban el agua podrida de las flores y armaban los ramos que iban a cada lado de la lápida en forma de libro. Al menos así podíamos movernos. Al menos así no teníamos que ver a mi abuela limpiar sus lágrimas y mocos en el pañuelo de tela que guardaba dentro de su manga. Aun cuando teníamos ese ritual semanal de llanto, nunca fuimos una familia que demostrara abiertamente sus emociones. Lo del llanto no nos incluía a nosotros. No había plan de manejo para ese desborde de lágrimas: solo debíamos actuar como si nada ocurriera.

Mi abuelo murió de un infarto al corazón mientras discutía con mi abuela. Nadie sabe por qué discutían, pero en un momento la conversación se interrumpió y mi abuelo cayó al piso. Dicen que esa misma noche se prendieron las luces de su oficina. Nadie la frecuentaba a esa hora, pero desde la calle se la podía ver con luz, como si estuviera habitada.

Hoy con mi familia ya no vamos al cementerio.

Yo dejé de ir en la preadolescencia, quizás cuando comencé a celebrar de nuevo mis cumpleaños. Mi madre me dijo hace poco que se dio cuenta de que no había visitado la tumba de su padre en el último aniversario de su muerte. Lo olvidó. Quiso culparse, pero yo le hice ver que quizás era algo bueno, que tal vez había superado un poco la pena, o ahora lo recordaba de otra forma. Mi abuela mantuvo el luto hasta que falleció y mi madre hasta mi adolescencia. Creyéndolo normal, de pequeña yo también me vestía de negro. Luego supe que los otros niños creían que era gótica, o «thrasher», como le decían en esa época a los rockeros que vestían de negro.

Por esos años, tras la muerte de mi abuelo, a mí y a mis hermanos nos agarró la peste cristal. Yo todavía no tenía la edad suficiente para ir al colegio, así que deambulaba por la casa cuando mi madre comenzó a notar algo extraño. Me veía caminar levemente torpe y cargada hacia un lado. Algo le pasa a la niña, le dijo mi abuela. Temieron que me hubiera tomado alguna de sus pastillas para los nervios y, cuando en el almuerzo vieron que no podía achuntarle a mi propia boca con la cuchara, se convencieron de que algo no andaba bien.

Me llevaron a urgencias de la FUSAT, el hospital clínico de trabajadores de El Teniente, un lugar decorado principalmente con enchapes de cobre. Me hicieron exámenes de todo tipo y un pinchazo en la columna me enchufó a la existencia. Así lo he entendido siempre. Una punción lumbar me conectó a la vida de manera consciente. Tengo el recuerdo, o eso creo: estar de guata en una cama-cuna de hospital y sentir esa corriente. Eléctrica, definitiva. Estuve hospitalizada una semana. La peste cristal, que a la mayoría solo les deja unos cráteres en el rostro, en mi caso pasó a mayores. El diagnóstico fue una cerebelitis aguda. Le ocurre a una persona en un millón, dijeron. A grandes rasgos se entiende como la inflamación del cerebelo, la parte inferior del cerebro donde está toda la parte motora. Temían que quedara con secuelas, pero volví a casa como nueva, justo después de la pascua de los conejos. Mi madre me había escondido algunos huevitos y encontré un conejito blanco de mazapán en el marco de la ventana de su pieza. Nunca me ha gustado el mazapán. Quizás es por eso.

Desde que mi abuelo murió, mi madre comenzó con la paranoia de los infartos. En realidad eran ataques de pánico —los «turu ruru», como le dice hasta hoy—

que mitigó a punta de ravotriles. Cada cierto tiempo siente algo en el pecho, sobre todo cuando inicia alguna discusión de la que no saldrá airosa. Una buena forma de concluir el evento sin pedir disculpas.

La que sí desarrolló un problema al corazón misteriosamente fui yo. Al cabo de unos años me descubrieron un problema cardíaco, y digo misteriosamente porque como estuve hospitalizada y me hicieron una tracalada de exámenes, podría suponer que no nací con él. A los doce años me instalaron un marcapasos, una máquina que dicta los latidos del corazón y que funciona con una batería. Le ocurre a una en un millón, dijeron nuevamente. A mí me gusta decir que el corazón me funciona a pilas, unas pilas que se gastan con el tiempo y que hay que cambiar, como un reloj o un control remoto. Me parece cómico y perturbador. Vivir con un marcapasos me califica como cyborg, porque tengo un aparato que me aumenta las capacidades físicas y que no es posible de remover. Como la mayor población con marcapasos son gente de la tercera edad, muchos viejitos podrían presentarse como cyborgs si quisieran hacerlo.

De mi enfermedad al corazón había señales, pero nadie supo leerlas. Había comenzado a sentirme extraña, me mareaba fácil; si giraba la cabeza rápido, sentía que mi cerebro iba con segundos de desfase. Cuando